

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena: Liberato Montells y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

En Cartagena un mes 4 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Martes 10 de Octubre.

El Eco de Cartagena

Las poesías de Velarde.

Sr. D. Tomás de Briones:

Días atrás me entregaste, mi buen amigo, un breve tomo recién publicado en Sevilla, pidiéndome digera al público mi parecer, acerca del mérito que en él hallase. Te di formal palabra de hacerlo, y hoy la cumplo, primero por complacerte, y además porque mi opinión acerca de las poesías de Velarde, aunque inautorizada, por ser mía, es enteramente favorable al libro que me diste.

¿Y cómo nó, si veo en él que no se extingue el estro en nuestra patria, y que, sin dejar de avanzar en el camino de lo bello, no han muerto las gloriosas tradiciones de la célebre escuela sevillana? Dices por muchos que conforme marcha la humanidad por la senda del progreso, tiende a abogar el ideal a fuerza de adelantar tanto en las ciencias positivas y en las artes industriales, y de rendir tan débil tributo a las bellas letras y a las nobles artes. Dices también por otros que proclamado el principio del libre examen, como ley absoluta en todas las esferas de la actividad humana, se camina a un individualismo tan exageradamente anárquico que ya se han roto por completo los vigorosos lazos de escuela, por haberse aniquilado la autoridad de los maestros y extinguido la tradición del buen gusto, apoyada más en los grandes modelos, que en las mercedosas reglas. Pero ya ves, amigo Tomás, que se aumentan, de buena fe o con deliberado propósito, los peligros de la civilización y del libre examen. No cuenta nuestro siglo, tan tachado de materialista por sus detractores, multitud de genios de primer orden en poesía, en música y en las tres bellas artes del dibujo con los cuales habría para dar lustre nombre a veinte siglos distintos?

—Y cómo nó, si el culto de la belleza se ha extendido mucho más, que el de la verdad, aun en esta época tan caracterizada por el espléndido desarrollo que ha adquirido la filosofía científica? Y se comprende muy bien. Es más universal el influjo de lo bueno y de lo bello que el de lo verdadero, y penetra más profundamente en el corazón humano lo que hiere al sentimiento y a la imaginación, dones en cierto modo espontáneos de la naturaleza, que lo que se ofrece a la razón, facultad más bien adquirida y desenvuelta por la educación. Además, a causa del mayor positivismo de la vida real, la sociedad moderna, como provechoso contrapeso a sus prosaicas tendencias, rendir más culto al idealismo artístico y poético, é instivamente así lo practica. Nunca ha llegado a ser tan honrado y tan honroso, como en nuestros tiempos, el título de artista ó de poeta. En épocas no muy lejanas vivían unos y otros por la protección, casi siempre, y pocas veces por el sincero aprecio del clero, de la nobleza ó del rey, y eran como un mueble de lujo en las catedrales, en los castillos y en los palacios. Más gloria adquirían los espléndidos Mezenas, que los inspirados genios por ellos protegidos. Hoy el artista y el poeta tienen más libertad, más independencia, porque viven, nó de la liberalidad de unos cuantos, sino de la estimación de todos, y el brillo de su nombre se refleja sobre todo un pueblo, que les admira y se enorgullece de ellos, y no sobre determinadas clases ó instituciones, que los sostenían para servirse de ellos como instrumentos de sus placeres, ó de sus miras dominadoras.

Hoy un poeta no necesita más que presentar al público el fruto de su inspiración y su trabajo, para conquistar por el mismo, en noble lid, el puesto a que se haga acreedor por su propio mérito, universalmente reconocido por sus conciudadanos. Así vemos todos los días aparecer nuevos poetas como tu amigo Velarde, que confiados en sí mismos se presentan, sin necesidad

de protectores (ni aun de prologuistas) a disputarse el premio de ser conocidos y apreadados por la opinión de sus contemporáneos y aun de lograr transmitir su nombre con sus obras a las generaciones venideras.

Uno de los campeones últimamente presentados en la arena literaria es D. José P. Velarde, nombre conocido en Sevilla, antes de imprimir sus poesías; nombre conocido ya en España después de haberlas publicado. Es pequeña su colección si se atiende al número de composiciones que comprende, es grande si se miran los quilates de mérito que las envuelven. Poeta de entonación robusta y grande aliento, maneja Velarde con valentía el sonoro endecasílabo en tercetos, en cuartetos y en sílvas. Poeta de pocos años, pero de juicio cultivado y maduro, halla en su lira magistrosos acordes para cantar con severo acéfito el amor filial, la admiración al genio, la fé en los destinos del hombre y en el progreso de la humanidad, las pasiones profundas y reconcentradas, las grandes aspiraciones por penetrar los arcanos de la vida, de la muerte y de la inmortalidad, en fin, todas las notas más graves del diapason poético. En las poesías de Velarde no hay una página para los tiernos suspiros germánicos ni para las insustanciales anacreónticas, ni para esos pasatiempos sin importancia literaria, que llenan tantas y tantas hojas en otras colecciones. Cuando Velarde pinta el amor, lo hace con tonos tan enérgicos que no es un afecto dulce y sencillo, sino un sentimiento exaltado hasta el punto de hacer dudar si es pasión ó locura. Cuando retrata la desilusión no la presta el enfermizo encanto que los novelistas suelen dar a las jóvenes éticas, protagonistas de sus fábulas, antes al contrario anatematiza la desconfianza aun más que el desgano. Lamusa de Velarde no es una musa femenina ó tísica; es varonil y robusta cual conviene a un poeta, que como jóven debe tener recuerdos, ilusiones y esperanzas, y como médico ha debido sondear el fondo

de miserias y debilidades de la pobre organización corporal. Cuando pulsa la cuerda del dolor no arranca impotentes ayes ó débiles sollozos, sino gritos roncros como los del león herido. Cuando duda se revuelve contra sí mismo, quiere creer y cree. Sus creencias no son el fanatismo ni la superstición de la estúpida muchedumbre sino el profundo y austero convencimiento del filósofo.

Vé un gran poeta arrastrado por la duda, hasta el extremo de renegar del mundo y de buscar la calma para su perturbado espíritu, en la soledad de la vida contemplativa, seducido por la paz del claustro, y al ver este gran poeta sin fé en sí mismo y sin esperanza en los destinos humanos, oponer al canto de la Duda un canto de Fé en el porvenir, buscando la satisfacción del alma, no en la infructuosa inercia, y en el aislamiento de la vida contemplativa, sino en la lucha fructífera del trabajo y en la vida activa de la sociedad moderna.

Vé morir a un maestro ilustre y en vez de la muerte canta la vida universal de la materia y la vida eterna del alma inmortal.

Vé una niña próxima a ser muget y trata de darle armas para defender su inocencia y su virtud en los combates del mundo y en las lides del corazón.

Cierra los ojos para soñar y vé una prision lóbrega, siniestra, y dentro un hombre cuyo genio, desconocido en su época, asombró a las sucesivas y admira la presente; y ese genio de excelsa grandeza concibe en la horrible cárcel donde yace, el pensamiento más sublime que ha podido producir la mente humana, y por cuasi divino fiat crea el inmortal Quijote.

Cambia de ensueño y vé en el humilde cementerio de una aldea un viejo venerable, contemplando su propia sepultura, labrada junto a la tumba de una anciana, sintiendo aun latir su ya casi muerto corazón a impulsos de un amor imposible nacido en la niñez, anhelando ser feliz en los brazos de la muerte.